

Lo que en la América Septentrional se llama *gran deshielo*, ofrece á los ojos del europeo un espectáculo no menos pomposo que extraordinario... En los primeros quince dias del mes de abril las nubes que hasta entonces venian rápidamente del Suroeste, se detienen poco á poco en el horizonte y andan algún tiempo flotando como indecisas de la direccion que han de tomar. El colono sale entonces de su cabaña y atravesando sus tierras cultivadas, va á examinar el desierto. No tarda en oírse un grito: *He aquí la brisa del sudeste*. Al instante un viento tibio baña vuestras manos y rostro, y las nubes empiezan á declinar levemente hacia el Septentrion. Ese es el momento en que todo cambia en los bosques y en los valles. Los ángulos prominentes de las rocas son los primeros que se dejan ver sobre la uniforme blancura de las esparchas; en seguida aparecen las rojizas cabezas de los abetos, y precoces arbustos reemplazan con festones de flores los cristales de hielo que estaban pendientes de su cima.

La naturaleza al aproximarse el sol va entreabriendo gradualmente su velo de nieve. Los poetas americanos podrán algún día compararla con la nueva esposa, que tímidamente y á despecho, se va despojando de su túnica virginal, recatando en parte ó procurando recatar sus encantos al esposo.

Entonces es tambien cuando los salvajes, cuyos desiertos iba M. Mackensie á visitar, salen alegremente de sus cavernas. Así como á las aves de aquellos climas, el invierno los habia reunido en bandadas, y la primavera los vuelve á dispersar: cada paraja regresa á su solitario hogar á construir nuevo nido y cantar nuevos amores.

Esa estacion que todo lo pone en movimiento en los bosques americanos, dió la señal de partida á nuestro viajero. El jueves, 9 de mayo de 1793, M. Mackensie se embarcó en una canoa de corteza, con siete canadienses y dos cazadores salvajes. Si desde el margen del rio de la Paz, hubiera podido ver lo que en aquellos momentos sucedia en Europa, en una gran nacion civilizada, la misera cabaña del esquimal le hubiera parecido preferible al palacio de los reyes, y la soledad al trato de los hombres.

El traductor francés del viaje de Mackensie, observa que los compañeros del comerciante inglés, eran todos, menos uno, oriundos de Francia. Los hijos de este pais se acostumbra fácilmente á la vida salvaje y son muy queridos de los indios.

Cuando en 1729 el Canadá cayó en poder de los ingleses, no tardaron los indigenas en aperebirse del cambio ocurrido en sus huéspedes.

«Los ingleses, dice el P. Charlevoix, no supieron en el poco tiempo que fueron dueños del pais, captarse el afecto de los salvajes; los hurones no se presentaron en Quebec, y hasta los que hallándose mas inmediatos á esa capital se habian declarado por algun resentimiento particular enemigos nuestros, al aproximarse la escuadra inglesa se abstuvieron de presentarse con frecuencia. Todos quedaron bastante sorprendidos cuando al querer tomarse con los reciénvenidos las mismas libertades que los franceses no tenían inconveniente en tolerarles, se encontraron con que sus modales eran poco agradables.»

«Peor les pareció todavía cuando de allí á poco fueron echados á palos de las casas donde hasta entonces habian entrado tan libremente como en sus propias cabañas. No pudieron adoptar mejor partido que alejarse, y en lo sucesivo nada los ha ligado tanto con los intereses de la Francia como la diferencia de modales y de carácter de los dos pueblos que han visto venir á establecerse en su pais. Los misioneros supieron aprovecharse de esa impresion para hacerles conocer la verdadera religion, é inspirarles afecto á la nacion francesa.»

Los franceses no tratan de civilizar á los salvajes:

esa es una obra demasiado costosa; prefieren convertirse ellos mismos en salvajes. Los bosques no tienen cazadores mas diestros, ni guerreros mas intrépidos. Se les ha visto soportar el tormento de la hoguera con una constancia que admiraba á los mismos iroqueses, y alguna vez se han mostrado tambien por desgracia tan bárbaros como sus mismos verdugos. ¿Será tal vez que los extremos del círculo se unen y que el último grado de civilización, así como el de la perfección del arte están en próximo contacto con la naturaleza, ó podrá decirse que una especie de talento universal ó una extremada movilidad de costumbres, es lo que hace á los franceses idóneos para toda clase de climas y todo género de costumbres? De todas maneras, el francés y el salvaje tienen la misma bravura, la misma indiferencia de vida, la misma impresion del día de mañana, el mismo odio del trabajo, la misma facilidad en cansarse de los bienes que poseen, la misma constancia en la amistad, la misma veleidad en amor, y la misma afición al baile, á la guerra, á las fatigas de la caza y á los placeres del festín. Esas analogías de carácter entre los franceses y los salvajes, establecen entre ellos grandes relaciones, y convierten fácilmente el hijo de París en un *corredor de bosques*, (canadiense).

Mr. Mackensie fue remontándose por el rio de la Paz con esos franco-salvajes, y en tanto describió de esta manera la hermosura de la naturaleza que le rodeaba.

«Desde el sitio donde habíamos partido aquella mañana hasta allí, la ribera occidental presentaba el paisaje mas hermoso que he visto. El terreno se va elevando por mesetas á una altura considerable, y se extiende á muy grande distancia. Entré cada meseta se ven pequeños espacios suavemente inclinados y entrecortados de rocas perpendiculares que se elevan hasta la última cima, ó por lo menos hasta donde la vista puede seguirlos. Este magnífico espectáculo está decorado de toda especie de árboles y lleno de cuantos géneros de animales puede producir el pais. Grupos de alamos varían la escena, y en sus intervalos andan pacientemente manadas de búfalos y de dantas. Estos últimos buscan las alturas y los sitios escarpados; y los búfalos prefieren la llanura.»

«Al atravesar yo esa comarca era la estacion en que las hembras de los búfalos estaban rodeadas de sus cachorros, y las otras se hallaban próximas al último período de gestación. Toda la campiña estaba adornada de la mas espléndida verdura; los árboles que tenían flores estaban prontos á abrirlas, y reflejando entre el aterciopelado de sus ramas los rayos oblicuos del astro del día, aumentaban la magnificencia del espectáculo hasta un punto que no es posible describir.»

Esos paisajes, en forma de anfiteatro, son muy comunes en América. En las inmediaciones de Apalachuela, en las Floridas, el terreno desde el rio de Chata Uche se va elevando gradualmente y se remonta en el aire retirándose al horizonte; pero no en una forma ordinaria como la de un valle, sino escalonándose por ramblas como un jardín artificial de algun poderoso magnate. Esas ramblas están cubiertas de árboles diversos, á cuyo pie serpentean multitud de arroyos, salpicando de blanca espuma el florido césped, ó cayendo, cuando reflejan la luz del sol, como hebras de oro de lo alto de las rocas. Al descubrir desde el borde del rio esa magnífica gradería y la cima de rocas que la coronan ocultándose en las nubes, podría creerse que se está viendo el capitel de las columnas del templo de la naturaleza, y la magnífica escalinata que debe conducir á su recinto.

El viajero llegó al pie de las Montañas Pedregosas, y se internó en sus revueltas. Multiplicanse los obstáculos y peligros: unas veces tiene que trasportarse por tierra el bagaje para evitar cataratas, ó rápidas, y

otras se tiene que vencer la violeacia de la corriente arrastrando penosamente la canoa con una cuerda.

Dejemos hablar al mismo Mr. Mackensie.

«Cuando la canoa volvió á estar cargada, yo y mis compañeros, que no tenían necesidad de embarcarse, seguimos marchando por la orilla del rio... Hallábase tan elevado sobre el nivel del agua, que los que conducian la canoa y estaban doblando una punta, no me oyeron, cuando con toda la fuerza que podía, les gritaba que la aligerasen.»

«Mucha fue mi ansiedad al considerar de cuán poco dependia el éxito de mi expedicion. La ruptura de la cuerda, ó un paso dado en falso por los que tiraban de ella, nos habria costado perder la canoa con todo el equipaje. Afortunadamente salvó aquel escollo sin contratiempo; pero fue para volver á correr nuevos peligros. De lo alto de las rocas estaban sin cesar cayendo piedras de varios tamaños, de manera que los que iban tirando la cuerda de la canoa por debajo de aquellas rocas, corrian el mayor riesgo, y otras veces la rápida inclinacion del terreno les esponia á caer en el rio. Al verlos me estremecía, y cuando los perdía de vista, se aumentaba mi inquietud.»

Todo el tránsito de Mr. Mackensie por las montañas Pedregosas, está lleno del mayor interés. Unas veces tiene que ir derribando maleza para abrirse paso, y otras se ve en la precision de saltar de roca en roca con grave peligro de su vida, sustentando en sus hombros alguno de los compañeros. La cuerda se rompe; la canoa se estrella contra unos peñascos; los salvajes se desaniman y se niegan á pasar adelante.

En vano Mr. Mackensie se extravia en el desierto para descubrir paso al rio del Oeste: algunos disparos de fusil, que con espanto oye resonar en aquella soledad, creyendo indicar la aproximacion de salvajes enemigos, aumentan lo angustioso de su estado. Trepa á un elevado árbol, pero nada ve en derredor mas que montes coronados de nieve dominada por algunos alamos marchitos y bosques que se prolongan sin fin.

Nada mas triste que el aspecto de aquellos bosques, vistos desde la cima de las montañas en el nuevo mundo. Los valles que acabais de atravesar, y que dominais desde aquella altura, se os presentan como las ondulaciones del mar despues de una desecha tormenta. Cuanto mas se alejaban, mas parecen disminuir de anchura; las mas inmediatas son de un color verde rojizo, las que siguen presentan un ligero tinte azul, y las últimas forman zonas paralelas de azul celeste.

Mr. Mackensie baja de su árbol, y trata de reunirse con sus compañeros; no encuentra la canoa, dispara varias veces el fusil, pero nadie contesta á sus señales. Va, viene, sube, baja á lo largo del rio, y por fin encuentra á sus compañeros, pero es despues de haber pasado veinte y cuatro horas de angustias y de mortales inquietudes. No tardó en encontrarse con algunos salvajes, que al ser preguntados aparentaron por de pronto ignorar la existencia del rio del Oeste; mas por último, un anciano seducido por las caricias y regalos de Mr. Mackensie le dijo, indicando con la mano la margen del rio de la Paz.

«No hay que atravesar mas que tres pequeños lagos y hacer otras tantas jornadas para llegar á un rio pequeño que desagua en el grande.»

Calcúlense los arrebatos de alegría del viajero al recibir tan feliz noticia. Dióse prisa á embarcarse con un indio que se comprometió á servirle de guia hasta el rio descomulgado. No tardó en dejar el rio de la Paz para entrar en otro menos caudaloso que sale de un lago inmediato, y atravesando de lago en lago, de rio en rio, y despues de un naufragio y otros contratiempos, llegó por último el 18 de junio de 1793, al Taconche Tessé ó rio Colombia, que lleva sus raudales al Océano Pacifico.

«Entre dos cordilleras de montañas se extiende un soberbio valle sombreado de bosques de alamos, cedros y abetos. Sobre esos bosques se remontan columnas de humo que revelan al viajero la existencia de los invisibles habitantes de aquellos desiertos. Las arcillas blanca y encarnada de que se compone el terreno que forma la vertiente de una montaña, parecen á cierta distancia ruinas de antiguos castillos. El rio Colombia pasa por medio de aquel delicioso retiro, y en las numerosas islas que dividen el curso de sus aguas, se ven grandes cabañas medio ocultas entre el ramaje, en donde los naturales vienen á pasar los dias de verano.»

Habiéndose presentado algunos salvajes en la orilla del rio, el viajero se acercó á ellos, y consiguió que le dieran algunas noticias.

«Este rio, le dijeron, cuyo curso es de mucha extension, se dirige hácia el sol de Mediodía, y según creemos, en su embocadura han construido casas los hombres blancos. Sus aguas corren con impetu siempre igual; pero hay tres sitios en que las cascadas y las corrientes extremadamente rápidas interceptan la navegacion. En esos tres parajes se precipitan las aguas desde rocas del todo perpendiculares, y mas altas y escarpadas que la parte mas elevada del rio, y además de esas dificultades de la navegacion hay que combatir con los diversos habitantes de sus orillas que son muy numerosos.»

Estos pormenores suscitaron grandes dudas en Mr. Mackensie y desalentaron á sus compañeros; sin embargo, ocultó cuanto le fue posible su inquietud, y siguió todavía durante algun tiempo el curso de las aguas. Al fin encontró unos indigenas que confirmaron los detalles dados por los anteriores; pero añadieron que si dejaba el rio y caminaba derecho hácia Poniente al través de los bosques, llegaria en pocos dias al mar por un camino muy cómodo y muy conocido de los salvajes.

Mr. Mackensie se resolvió á tomar en el acto ese camino. Se remontó por el rio hasta encontrar el desagüe de un riachuelo que le habian indicado, y dejando allí su canoa, se internó en el bosque bajo la fe de un salvaje que le servia de guia, y que por el menor capricho podia entregarlo á hordas enemigas ó abandonarlo en medio de los desiertos.

Cada canadiense de los que acompañaban al viajero, traía sobre sí un peso de noventa libras además del fusil y las municiones. El mismo Mr. Mackensie llevaba un fardo de víveres y de quincalla que pesaba setenta libras, las armas y un antejo de larga vista.

La necesidad, el cansancio, ó una indefinible confianza que suele inspirar el familiarizarse con los peligros, disiparon toda inquietud en los viajeros. Despues de largas jornadas de marcha entre bosques y malezas, expuestos unas veces á un sol abrasador, y otras casi inundados por la lluvia, se entregaban durante la noche á un sueño tranquilo en tanto que los indios repetian sus monótonos cantares.

«Estos, según dice Mr. Mackensie, consistian en sonidos dulces, melancólicos, de una melodia bastante agradable y algo parecida al canto de la Iglesia.»

Cuando el viajero se despierta bajo un árbol durante la noche en los desiertos de América, y oye el lejano concierto de algunos salvajes, interrumpido por largas pausas y por el murmullo de los vientos en el bosque, nada puede darle una idea mas exacta de aquella música aérea de que habla Ossian, y que los bardos que han fallecido hacen resonar en las cumbres del *Himora* á los pálidos rayos de la luna.

No tardaron nuestros viajeros en llegar á unas tribus indias, de las cuales Mr. Mackensie cita rasgos muy interesantes. Vió una mujer casi ciega y abrumada de vejez, que alternativamente era llevada en hombros por sus parientes, porque no podia andar.

En otro sitio, al pasar un río, encontró á una jóven con su hijo que le ofreció un vaso lleno de agua, como Rebeca inclinó su cántara en el pozo de Nachor al servir de Abraham, diciendo: *Bibe quin et camelis tuis dabo potum*. Bebed, que en seguida daré tambien de beber á vuestros camellos.

Yo mismo he pasado por una tribu india, en la que habia la costumbre de echarse á llorar al ver un extranjero, porque les despertaba el recuerdo de los amigos que habian partido hácia la *region de las Almas*, y que hacia ya mucho tiempo *estaban viajando*.

«Nuestros guías, dice Mr. Mackensie, vieron indios... y apresuraron el paso para alcanzarlos. Al acercarse á ellos uno de los extranjeros avanzó con el hacha en la mano. Era el único hombre que habia en aquel grupo y estaba acompañado de dos mujeres y dos niños. Cuando llegamos cerca vimos que la mas anciana de las mujeres, que probablemente era la madre del hombre, estaba ocupada en arrancar las malas yerbas en un espacio circular de cinco piés de diámetro, y nuestra presencia interrumpió ese trabajo, prescrito por el respeto debido á los nuestros. Allí en aquel sitio, objeto de la tierna solicitud de la pobre anciana, estaban los restos de un esposo y de un hijo, y todas las veces que pasaba, se detenia á pagar ese piadoso tributo á su memoria.»

Todo es importante para el viajero de los desiertos. Las huellas de un hombre recientemente impresas en un lugar salvaje, le ofrecen mas interés que los vestigios de la antigüedad en los campos de la Grecia. Conducido por los indios de una horda inmediata, atravesó Mr. Mackensie el campamento de una gente hospitalaria, que junto á cada cabaña tenian un sepulcro. Desde allí, despues de haber atravesado unas montañas, llegó á las márgenes del río *Saumon*, que desagua en el Océano Pacifico. Un numeroso pueblo, mas aseado, mejor vestido y alojado que los demás salvajes, lo recibió cordialmente. Al llegar Mr. Mackensie, salió de entre la multitud un anciano y se adelantó á estrecharlo en sus brazos: obsequiaron al viajero con un gran festin y le suministraron víveres en abundancia. Un jóven se quitó un bermoso manto de sus espaldas para ponerlo en las del viajero. Es casi una escena de Homero.

Mr. Mackensie pasó varios dias en este pueblo. Examinó el cementerio, que consistia en un gran bosque de cedros donde quemaban los muertos, y el templo donde celebraban dos solemnidades anualmente, una en la primavera y otra en otoño. En tanto que recorría las filas de cabañas, le presentaron enfermos para que los curara: interesante sencillez de un pueblo en que el hombre conserva amor al hombre, y que en la superioridad de luces no ve mas que una sola ventaja, y es la de aliviar al que padece.

Finalmente, el jefe de aquella tribu dió al viajero su propio hijo para que lo acompañara y una canoa de cedro para conducirlo al mar. Ese jefe contó á Mr. Mackensie, que habiéndose embarcado hacia ya diez inviernos en la misma canoa con cuarenta indios, encontró en la costa dos buques llenos de hombres blancos; mandábalos el buen Toolec (el capitán Cook), cuyo recuerdo será por mucho tiempo caro á los pueblos que habitan los bordes del Océano Pacifico.

El sábado, 20 de julio de 1793, á las ocho de la mañana, Mr. Mackensie salió del río *Saumon* para entrar en el brazo de mar en que aquel desagua por varias embocaduras. Seria inútil seguir al viajero en la navegacion de esta bahía, donde encontró por todas partes huellas del capitán Vancouver. Observó la latitud, y la fijó en 52° 21' 36", y escribió con vermellon en una roca: *Alejandro Mackensie llegó aquí el 22 de julio de 1793, habiendo venido por tierra desde el Canadá*.

Los descubrimientos de este viajero ofrecen dos re-

sultados muy importantes, uno para el comercio, y otro para la geografia. Por lo tocante al primero, Mr. Mackensie se explica en estos términos:

«Abriendo esta comunicacion entre los dos Océanos, y formando establecimientos regulares en lo interior del país, y en las extremidades del camino, asi como á lo largo de las costas é islas vecinas, seria fácil hacerse exclusivamente dueño de todo el comercio de pieles de la América Septentrional, desde los 48° de latitud hasta el polo, exceptuando la parte de la costa que pertenece á los rusos en el Océano Pacifico.»

«A esa ventaja puede añadirse la de la pesca en los mares, y la facilidad de exportar las pieles. Tal es el campo que queda abierto á una empresa mercantil. Los productos de esta empresa serian incalculables, si estuviera sostenida por una parte del crédito y de los capitales acumulados tan considerablemente en la Gran Bretaña.»

Asi es como Inglaterra por los descubrimientos de sus viajeros, ve abrirse ante ella un nuevo manantial de tesoros, y un nuevo camino á sus factorías de la India y de la China.

Por lo tocante á los progresos de la geografia, que en último resultado se convierten igualmente en provecho del comercio, el viaje de Mr. Mackensie al Oeste, es bajo ese punto de vista menos importante que su viaje al Norte. El capitán Vancouver habia dado suficientes pruebas de no haber paso en la costa occidental de América desde Noatka-Sund, hasta el río de Cook. Gracias á los trabajos de Mr. Mackensie, es ya poca cosa lo que falta que explorar hácia el Norte.

El fondo de la bahía de Refus, se encuentra poco mas ó menos á los 68° de latitud Norte y 83° de longitud occidental del meridiano de Greenwich.

En 1771, Hearne, partiendo de la bahía de Hudson, vió el mar en la embocadura del río de las Minas de cobre, poco mas ó menos á los 69° de latitud y 100°, y algunos minutos de longitud.

Quiere, pues, decir, que entre el mar visto por Hearne, y el fondo de la bahía de Hudson, no hay mas que 3 ó 6 grados de longitud. En una latitud tan elevada, los grados de longitud son muy pequeños. Suponiendo que sean de 12 leguas, no faltarán mas que 72 leguas por descubrir entre los dos puntos indicados.

A los 5° de longitud, al Oeste de la embocadura del río de las Minas de cobre, Mr. Mackensie descubrió el mar á los 69° 7' Norte.

Insistiendo en nuestro primer cálculo, no habrá por consiguiente, mas que 60 leguas de costas desconocidas entre el mar de Hearne y el de Mr. Mackensie (1).

Prosiguiendo hácia el Occidente, encontramos por fin el estrecho de Behring. El capitán Cook pasó mas allá de ese estrecho, hasta el 69° 70' de latitud Norte, y el 275° de longitud occidental. Setenta y dos leguas, ó cuando mas 6 grados de longitud, separan el Océano Boreal de Cook del Océano Boreal de Mr. Mackensie.

Hé aquí, pues, una cadena de puntos desconocidos, en que se ha visto el mar alrededor del polo en la costa septentrional de América, desde el fondo del estrecho de Behring, hasta el de la bahía de Hudson. No se trata mas que de franquear por tierra los tres intervalos que dividen esos puntos (y que no pueden componer entre sí mas de doscientas cincuenta leguas de extension); para tener una certeza de que el continente de América está circuido de todas partes por

(1) Todos esos cálculos no son exactos, y los últimos descubrimientos del capitán Franklin, y del capitán Parry, han derramado gran claridad en la geografia de aquellas regiones polares.

el Océano y de que en su extremidad septentrional reina tal vez un mar accesible á los buques.

¿Se me permitirá hacer una reflexion? Mr. Mackensie hizo en provecho de Inglaterra descubrimientos que anteriormente yo habia acometido y propuesto al gobierno en obsequio de Francia. Por lo menos el proyecto del viaje que acaba de ser realizado por ese extranjero, no podrá ser considerado ya como una quimera. Asi como otros solicitan la fortuna y el reposo, yo solicité el honor de dar con peligro de mi vida nombres franceses á unos mares desconocidos, de dar una colonia á mi país en el Océano Pacifico,

arrebatando los tesoros de un rico comercio á una potencia rival, impidiendo que pudiera abrirse nuevos caminos á la India.

Al dar cuenta de los trabajos de Mr. Mackensie, he podido, por consiguiente, mezclar mis observaciones con las suyas, puesto que ambos hemos tenido los mismos designios, y que en tanto que estaba llevando á cabo su primer viaje, estaba yo tambien recorriendo los desiertos de América; pero él halló proteccion en su empresa; dejaba en pos de sí amigos dichosos y una patria tranquila; á mí no me fue dada esa fortuna.

## SOBRE LA LEGISLACION PRIMITIVA.

DEL VIZCONDE DE BONAL.

Noviembre, 1802.

«Pocos hombres nacen con una disposicion particular y determinada hácia un solo objeto que se llama talento; beneficio de la naturaleza, cuando circunstancias favorables concurren á desarrollarlo y á emplearlo; desgracia real, tormento del hombre cuando se halla contrariado por ellas.»

Ese pasage está tomado del mismo libro que hoy ofrecemos al público. Nada hay mas interesante, ni al mismo tiempo mas triste, que las involuntarias quejas que de cuando en cuando se escapan al verdadero talento. El autor de la *Legislacion Primitiva*, como otros muchos célebres escritores, parece no haber recibido dones de la naturaleza mas que para sentir tristes consecuencias. Pudo asi como Epiteto, reducir la filosofia á estas dos máximas: *sufrir y abstenerse* ἀνεκον και ἀπειρον. En la oscura choza de un labrador alemán, en el fondo de un país extranjero, es donde compuso su *Teoria del poder político y religioso*; en medio de todas las privaciones de la vida, y bajo el peso de una ley de proscripcion, publicó sus observaciones sobre el *divorcio*, tratado admirable, cuyas últimas páginas son especialmente un modelo de esa elocuencia de pensamientos, bien superior á la de palabras, y que, como dice Pascal, todo lo somete por *derecho de fuerza*; finalmente, ahora que está á punto de marchar de París, de abandonar las letras, y por decirlo asi, su propio talento, es cuando da al público su *Legislacion Primitiva*; Platon coronó sus obras con sus *Leyes*, y Licurgo se desterró de Lacedemonia despues de haber establecido las suyas. Desgraciadamente no hemos jurado como los expartanos guardar las *santas leyes* de nuestro nuevo legislador. Pero tengo confianza Mr. Bonald: cuando como en su persona se reúnen la autoridad de las buenas costumbres, y la autoridad del talento; cuando no se tiene ninguna de esas debilidades que suministran armas á la calumnia y consuelos á la medianía, los obstáculos tienen forzosamente que desaparecer tarde ó temprano, y al fin se llega á esa posicion en que el talento no es una *desgracia*, sino un *beneficio*.

Los juicios que se emiten acerca de nuestra literatura moderna, nos parecen algo exagerados. Unos toman nuestra jerga científica y nuestras frases ampulosas por progresos de la luz y del talento: en su opinion el idioma y la razon han dado un paso desde

Bossuet y Racine; ¡y que pasó! Los otros, por el contrario, nada encuentran que sea aceptable, y si se les hubiera de creer, tendríamos que confesar que no habia ni un solo buen escritor. Sin embargo, ¿no será en algun modo cierto que ha habido en Francia otras épocas inferiores á la nuestra por lo tocante á la literatura? ¿Somos jueces competentes para poder apreciar con exactitud los escritores que viven con nosotros? ¿Cuántos años hace que los grandes hombres del siglo de Luis XIV han sido puestos en su verdadero lugar? Racine y Bruyere apenas fueron conocidos mientras vivieron. Vemos á Rollin, á ese hombre lleno de gusto y de ciencia, contrabalancear el mérito de Flechiér y de Bossuet, y dar á comprender que en general se concedia la preferencia al primero. Todas las épocas han tenido la manía de lamentarse de la escasez de buenos escritores y buenos libros. ¿Qué no se ha escrito contra el *Telémaco*, contra los *Caracteres* de La Bruyere y contra las obras maestras de Racine? ¿Quién ignora el epigrama sobre *Atalia*? Por otra parte, léanse los periódicos del último siglo: aun mas, léase lo que el mismo La Bruyere y el mismo Voltaire dijeron acerca de la literatura de su tiempo: ¿podria creerse que hablaban de la época en que florecieron Fenelon, Bossuet, Pascal, Boileau, Racine, Moliere, La Fontaine, J. J. Rousseau, Buffon y Montesquieu?

La literatura francesa va á cambiar de aspecto: la revolucion hará nacer otros pensamientos y otros modos de ver las cosas y los hombres. Fácil es calcular que los escritores se dividirán. Unos harán esfuerzos por no salir de los antiguos caminos; otros se empeñarán en seguir á los antiguos modelos, pero presentándolos á pesar de eso bajo un nuevo punto de vista. Es probable que estos últimos triunfarán por último de sus adversarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guías mucho mas seguros y documentos mucho mas fecundos.

No será poco lo que Mr. de Bonald contribuirá á esa victoria; sus ideas empiezan ya á difundirse; encuéntrense fragmentos de ellas en la mayor parte de los periódicos y libros de la actualidad. Hay ciertos pensamientos y ciertos estilos que pueden ser considerados como contagiosos, y que tienen, permitásenos la expresion, todos los ánimos con su color. Esto puede considerarse como un mal y al mismo tiempo